

envolviéndonos, invisible, salitroso y amorfo cual un manto inconsútil.

La poesía,—meditamos—es decir, el deleite que nosotros captamos aquí, ¿es algo puramente subjetivo? No; creemos que no, si los ojos saben calar el sentido y el valor de las cosas que, en su mudez estática, dicen al alma cuánto encarnan de vida y de poesía. Y para aseverarlo hay como un resonar de caracola en estas piedras que rememoran un fausto isabelino. cayendo, por su mandato, desde los soberbios torreones linajudos para tundir por siempre altivas discordias... Además ahora en el momento de nuestra contemplación, regala nuestros oídos el melodioso coro de unas dulces voces femininas que ponen un trémolo delicado, litúrgico, en la paz aquietada de la noche. Se trata—nos informa una mozueta que fisgonea el interior de una destartalada pieza,— de un grupo de jóvenes que ensayan motetes marianos para la próxima novena. Nosotros, al acercarnos, en los muros de la casa, bajo un farol, en un rótulo de azules letras enlazadas, hemos leído: Calle de la Cuesta de Aldana. Después, continuando la deambulaci6n, leerémos: Calle de los Condes, de la Cuesta del Maestro, de los Caleros... Nombres todos ellos impregnados de un suave perfume de añoranzas.

* * *

Rancios solares con ostentaci6n de pasadas grandezas, con orgullo de blasones y pena de abandono, forman estas pinas, turtuosas callejuelas, encrucijadas propias para lances de capa y espada, tras el último eco de una dulce y amorosa trova, todavía enredada en los blancos maineles de las ventanas con sombras de pálidas doncellas azoradas. Ellas fueron en otro tiempo, luengo, muy luego, escenario del orgullo y ostentaci6n de Solises y Ulloas, Torres y Figueroas, Ovandos y Golfines y tantos y tantos más que fueron flor de estirpe caballeresca y venero riquísimo de capitanes. La morisma, y la manigua, y el lodo flamenco, supieron del valor de estas gentes. Y se hicieron lenguas de ellos... Mas hoy, de todo aquello ¿qué nos queda? ¿Quién nos habla? Unos palacios desconchados; unas torres—¡qué célebres, qué célebres estas torres!—; unos libros dormidos en el el lecho de unos plúteos polvorientos y, sobre todo, la paz augusta, el silencio solemne, de estas calles, de estas plazas que incitan a la evocaci6n. Evocaci6n nostálgica de los que un día brillaron con pompa y fama y hoy duermen olvidados bajo las laudas timbradas de las Iglesias.

El Cáceres, vetusto, solitario, silencioso, se baña en una luz suave que acaricia las torres, los tejados, los esquinazos de cantería; las sombras, apretujándose en los rincones, bajo las gárgolas y el tejeroz, de las viejas casas adensan el misterioso ambiente de estos lugares. Arriba, en la techumbre celeste, cada vez más azul, cada vez más intensa y profunda, una pedrería sideral, brillando clara, distintamente, nos da la prueba de la auténtica, inmutable eternidad...

FERNANDO PEREZ MARQUES

ECOS DE LA MUSA POPULAR

CAMINITO DE HERRERUELA

Lo mató un guardia civil desde un seto de lentiscos que hay agua abajo del puente a la vera del molino.

Con la hermosa molinera estaba en el cobertizo, cuando, notando algo extraño, la jaca lanzó un relincho.

Fué un relámpago. En el agua profunda, se hundió de un brin-entre el retumbo alevoso [co, de dos disparos seguidos.

Encabritóse la jaca... La pobre mujer dió un grito y flotó un manchón de sangre en el remanso del río.

Ya saciaste, molinero, esos tus celos malditos. Cuaterros mangaluchanos, ya no tenéis enemigo. ¡Ya murió el Chico Cabrera, el guardián de los cortijos!

ZARABANDA

El compadre Cleto, el compadre Lucio y el compadre Andrés, están en Castilla segando la mies.

La comadre Petra, la comadre Juana, la comadre Inés, se van de merienda juntitas las tres.

Petra lleva un queso, un pan de dos libras cocidito ayer, un cestillo de higos y un tarro de miel.

Juana lleva tencas de la charca grande fritas en sartén, cuatro longanizas y algo de café.

De vinillo rancio lleva un boticuero la comadre Inés, que hace ocho cuartillos y se tiene en pie.

Se sientan bajo una encina como de mesa y mantel, venga risa, venga broma, venga comer y beber.

Petra abraza al boticuero, dice que es niño sin pies, Juana se fija en el río, jura que corre al revés. Inés mira a sus comadres y asegura que son seis.

Y ya bastante de noche, cantando y dando traspies regresaron al lugar, borrachitas todas tres.

Con pan y navaja cenaron ayer el compadre Cleto, el compadre Lucio y el compadre Andrés, que están en Castilla segando la mies.

LA ENAMORADA

—Casarás, mi hija,
con el conde Claros,
que si ya no es mozo
tiene mucho rango.

—Ten piedad, mi padre,
que quiero a don Carlos
desde que era niña
y es también hidalgo.

—Será como digo
y harás lo que mando
o entrarte al convento
tengo ya pensado.

No valen de nada
súplicas ni llantos:
«Casar con el conde
o entrar en el claustro».

Ya salen las monjas
con sus negros mantos
y la blanca novia
con su rostro pálido.

Mudo va el cortejo
también desfilando,
la madre afligida
y el padre enlutado.

Cuando ya resuenan
las notas del órgano,
de galas y adornos
la van despojando.

Las sortijas de oro,
los zarcillos de ópalo,
la rica venera
y el collar preciado.

Implacablemente,
a tijeretazos,
caen los espléndidos
cabellos castaños.

Entre la penumbra
del porche románico,
cerca de la pila
del agua bendita,
solloza don Carlos.

ROMANCE

La Virgen va caminando,
las yuntas los campos bordan
y en ribazos y praderas
los corderillos retozan.

—Labrador, por qué no cantas
mientras tu campo laboras?
Por qué no siembras rosales
al pie de la verde loma?

—Cantando se pierde el tiempo
siembro trigo, Señora [po;
y si las flores alegran
el trigo nutre y conforta.

—Buen labrador, ten presente
que el cantar siempre remoza.
¡Siembra de trigo tu campo,
pero cércalo de rosas!

En esto, se alza del surco
un manso vuelo de alondras
y el Niño Jesús sonríe
con sonrisa candorosa.

CATALINA

A orilla del río
Catalina estaba,
hilando suspiros
al correr del agua.

Pasa un arrogante
capitán de lanzas,
con su banda roja,
chambergó y espada.

—Dios guarde a la hermosa
de las manos blancas.
Si puedo servirla,
mire lo que manda.

—Diga si a mi esposo
vio por la campaña.
Tiene vuestro porte.
Don Alvar se llama.

—Conocí un soldado
que así se llamaba
y siento deciros
que murió en batalla.

Y pues sois viuda,
os brindo alianza,

blasón de marquesa,
solar de gran dama.

—Esperé siete años,
siete más me faltan
y, al cabo, una celda
tengo en Santa Clara.

—Dulce Catalina,
yo soy el que aguardas
y este es el anillo
que te desposara.

Que marché soldado
camino de Italia
y vuelvo a servirte
capitán de lanzas.

JUAN LUIS CORDERO

EL SAGRARIO

Sombras envueltas en el silencio hondo
de la paz de tu Iglesia
donde velando tu Sagrario agosto
tu Calvario a él me representa.

Solo el Sagrario, solo...
como sola tu Iglesia,
sola ardiendo la lámpara
cual la fe que flamea.

De la indecisa lumbre
la sombra se proyecta
fantasma de una sombra
entre la sombra envuelta.

¡Qué solo tu Sagrario!
¡Qué soledad tu Iglesia!
¡Qué solo tu Sagrario!
¡Amor, que siempre velas!

FRANCISCO MASSO